

Él me tornó de gracia tan jocundo,
que retraje á los pueblos circunstantes
del ímpio culto que sedujo al mundo.

Estos otros varones contemplantes
fueron, y ardió su pecho el elemento
que da flores y frutos rozagantes.

Y aquí á Macario³ y á Romualdo cuento,
y á los hermanos que en las celdas nuestras
el pie fijaron y ardoroso aliento.—

Y yo le dije:—La afición que muestras
connigo hablando, y la vivaz semblanza,
á mí bondosa, de las luces vuestras,

ha dilatado el jugo á mi confianza,
como el sol á la rosa, cuando vierte
entera al aire su caudal pujanza.

Ruégote, pues, ¡oh padre! y tú me advierte
si puedo disfrutar favor tan pío,
que en tu perfecta forma alcance á verte.—

Y él:—Llenárase, hermano, á tu albedrío
tu alto deseo en la más alta esfera,
donde se cumplen los demás y el mío.

Que toda aspiración es allí entera,
cabal, madura; y sólo allí inmutada
es cada cosa, y donde siempre fuera:

que entre polos no está⁴, ni en parte dada,
y nuestra escala hasta su cumbre ha ido;
por lo que así se pierde á tu mirada.

Esa escala hasta el punto más subido
del patriarca Jacob la vista atrajo,
cuando cargada de ángeles la vido.

Pero nadie á su planta da el trabajo
de subirla, y mi regla peregrina,
para manchar papel, queda allá abajo.

Los muros que antes casa eran divina,
en cueva se han trocado, y saco pleno
son las cogullas de averiada harina.

Mas la usura más grave tan de lleno
á Dios no ofende, cuanto aquel tributo
que al fraile de soberbia le hinche el seno:

que todo ahorro de la Iglesia y fruto,
toca á la grey que pide á Dios devota,
no á deudo, ni á otro amor más disoluto.

La humana voluntad tan muelle flota,
que allá no dura el buen empezamiento,
desde el nacer la encina al dar bellota.

Pedro empezó sin oro y sin argento,
y yo á la prez y ayuno sometido,
y humilde abrió Francisco su convento;

y si el origen ves de que ha nacido
cada regla, y después cuál su carrera,
verás lo blanco en negro convertido.

Mas obra fué mayor, cuando torciera
Jordán su curso y cuando el mar sumióse
(¡pasmosa vista!), que el remedio hoy fuera.—

Así me dijo, y luego replegóse
al grupo suyo, y se estrechó su grupo,
y luego arriba cual turbión alzóse.

Y la dulce mujer tras ellos supo
con un signo impulsarme á aquella escala:
¡tanto su influjo en mi natura cupo!

Nunca aquí abajo cuando el aire cala
sér viviente por hondo ú alto trecho,
vuelo hay que mida con el mío el ala;

y así pueda, lector, volver derecho
al triunfo, por el cual ferviente lloro⁵
yo mis pecados y me tundo el pecho,

si en menos que tu dedo en llama de oro
entra ó sale, yo mismo no me vide
dentro del signo estar que sigue al Toro⁶.

Astros gloriosos, luz donde reside
tan gran virtud, de do venirme miro
lo poco ó mucho que mi ingenio mide,

conjunto con vosotros iba el giro
del que es germen de todo mortal vaso,
cuando al aire toscano abrí el respiro⁷.

Y cuando luego tuve el dón no escaso
de entrar en la alta rueda que os engira,
por vosotros mi suerte abríome el paso.

Y hacia vosotros hoy mi alma suspira,
devota por ganar virtud bastante
al tránsito mayor que así la tira.

—Ya estás (dijo Beatriz) á breve instante
de la última salud, y cual centella
ser debe tu mirada penetrante.

Por eso antes que ahonde más en ella,
mira abajo, y contempla cuánto mundo
te hice dejar tras de tu rauda huella;

porque tu pecho con placer profundo
al bando se presente, que felice
por esta etérea luz viene jocundo.—

Yo por todas las siete esferas hice
girar mi vista, y tal vide este grumo,
que de su aspecto me burlé infelice;

y así el consejo por mejor asumo
del que le humilla más; y que está, pienso,
en quien lidia por otro el saber sumo.

Yo vi, ya ardiente sin el velo intenso,
el globo de la luna, de que arguyo
que no es cual le juzgaba ralo ó denso.

Y allí, Hiperión⁸, sufrí del hijo tuyo
el resplandor, y vi cómo en su esfera
ruedan Maya y Dione en torno suyo.

Y mostróseme Jove, que atempera
al hijo y padre⁹; y vi do se somete
cada cuál á girar en su carrera.

Y allí se me mostró de todos siete
el tamaño y presteza singulares,
y la ley que á distancia los sujete.

Mientras con los gemelos seculares
 giraba, el nido que nos hierva á enojos¹⁰
 todo se me mostró de monte á mares...
 y alcé mis ojos á los dulces ojos.

CANTO XXIII

Maravillosa aparición de la Corte celestial. Baján de lo alto Jesucristo y María entre infinitos ángeles y santos. La luz del Hijo de Dios quita la vista al Poeta; pero ascendido éste al Empíreo, puede ver claramente los otros milagros del Paraíso. El arcángel Gabriel, en figura de llama, baja á coronar á la Virgen, la cual se eleva por encima de todos los demás santos.

Cual ave quieta en la hojarasca, en donde
 el nido abriga de su prole amada,
 en la noche que toda cosa esconde,

por gozarse en su vista deseada,
 y por ir á buscarles la pastura,
 trabajo en que penoso no halla nada,

en el borde entreabierto al tiempo apura,
 y con ansia impaciente aguarda el día,
 fija espionando su primer blancura;

así atenta y de pie, la dueña mía,
 vuelta á la parte de los cielos era,
 en la que el sol más lento el carro guía;

con que al verla suspensa en tal manera,
 tornéme, como aquel que, deseando
 cierta cosa, se calma con la espera.

Mas pasó poco entre uno y otro, cuando
(digo entre el esperar y el ver cumplido)
vi que el cielo veníase aclarando.

Y Beatrice:—Ve aquí de Cristo unido
el séquito triunfante y todo el fruto
de ir por estas esferas recogido.—

Su rostro al fuego aquí daba tributo,
y sus ojos de gozo eran tan llenos,
que más vale que yazca el labio enjuto.

Como en los plenilunios más serenos
Febe entre sus ancelas ríe eternas
que dan color á los celestes senos,

vi yo, sobre millares de lucernas,
un Sol que á todas ellas encendía,
como el nuestro á las lámparas supernas.

Y por la viva lumbre entrefulgía
esa substancia lúcida, tan clara,
que sufrirla mi vista no podía.

¡Oh Beatrice, mi dulce guía cara!
que me dijiste:—Quien te turba el tino
es virtud de quien nada se repara.

Allí es la ciencia y el poder divino
por quien tan largo anhelo al mundo enciende
el que entre tierra y cielo abrió camino?—

Como fuego de nube se desprende
para ensancharse porque allí no cabe,
y á tierra, en contra de su ley, desciende,

así agrandada con manjar tan suave,
mi mente se salió del usual brío;
y qué fué de ella recordar no sabe.

—Los ojos abre, y ve cómo yo río,
pues has visto ya cosas, que potente
te hacen á soportar el riso mío.—

Estaba yo como el que aun algo siente
de olvidada visión, y no resigna
traerla con esfuerzos á su mente,

cuando escuché la invitación, tan digna
de mi amor, que borrar nadie lograra
del libro en que el pasado se consigna.

Si aquí la voz de todos resonara
cuantos Polimnia y el fraterno coro
con su leche nutrieron dulce y cara,

junta á la mía, en su cantar sonoro
no diría un milésimo del riso
de aquel santo semblante en lumbre de oro.

Así pues, describiendo el Paraíso,
bien es que salte el místico poema,
cual quien ve roto el suelo de improviso.

Y el que recuerde el ponderoso tema
y en cuál hombro mortal va gravitando,
á fe no ha de increparle porque trema;

que no se trata aquí del que bogando
va en breve esquife de atrevida prora,
ni de nauta que ardor va reservando.

—¿Por qué mi rostro así tal te enamora,
que al jardín no te vuelves peregrino
que á los rayos de Cristo el seno enflora?

Allí es la rosa en que encarnó el divino
verbo, y los lirios de fragancia mucha
á cuyo olor se toma el buen camino.—

Dijo Beatriz, y mi ánima que escucha
dócil su voz, se vuelve todavía
de los débiles ojos á la lucha.

Como á un rayo que puro el sol envía
por rota nube, vió prado de flores
velado alguna vez la vista mía;

así vi yo gran copia de esplendores,
alumbrados de lo alto en ígnea arista,
sin ver el manantial de los fulgores.

¡Oh virtud que así amable los enlistal³
¡Cuál te elevaste por dejarme un poco
de campo al juego de mi floja vista!

El nombre de la bella flor⁴ que invoco
mañana y noche concentró el anhelo
de mi alma por hallar el más gran foco.

Y así que á mis dos ojos dió sin velo
el cuál y cuánto de la hermosa estrella
que vence aquí, como venció en el suelo,

bajó por entre el aire una centella⁵,
un cerco haciendo, á guisa de corona,
y la ciñó, girando en torno de ella.

La melodía que aquí bajo entona
el són más dulce que del alma tira,
trueno fuera que rompe de alta zona,

comparada al sonar de aquella lira
de que se orlaba el límpido zafiro
con que el cielo más claro se enzaflora.

—El angélico amor soy yo, que giro
en torno al gozo sumo que concentras,
¡oh seno en que de Dios moró el respirol

Y giraré, Reina del cielo, mientras
sigas á tu Hijo yagas crezca el día
en el cielo, mayor porque en él entras.—

Así la circundante melodía
cerrábase, y la Corte Soberana
luego aclamaba el nombre de María.

El real manto de toda luz galana
del orbe: el que más arde y se esclarece
en el soplo y la faz de Dios cercana⁶,

por encima de nos tanto enaltece
su confín eternal, que su evidencia
aun no de donde estaba me aparece.

Mi vista así no tuvo ya potencia
para seguir la coronada flama,
que subió á unirse á su alta descendencia⁷

y como infante que, después que mama,
sus tiernos brazos á la madre tiende,
á interno impulso que á brincar le llama;

cada fulgor de aquellos tanto extiende
su cima, que mostraron á qué altura
el amor por María les inflama.

Luego ante mí la escuadra cantó pura
Regina cæli allí tan dulcemente,
que en mí jamás borróse su dulzura.

¡Oh cuánta la abundancia es excedente
de aquellas arcas de tan rico aforo
que abajo echaron tan feraz simiente!

Aquí se vive y gózase el tesoro
que se ganó llorando, en el exilio
babilonés donde dejóse el oro.

Aquí se goza, bajo el divo filio
de Dios y de María, en su victoria,
con el antiguo y nuevo alto concilio,
quien conquista las llaves de tal gloria^s.

CANTO XXIV

Se vuelve Beatriz á los Santos, y les ruega en favor de DANTE; y ellos, dispuestos en varios círculos, empiezan á dar vueltas más ó menos veloces, según el grado de su visión. Del círculo más luminoso sale san Pedro y pregunta á DANTE, á ruego de Beatriz, sobre la virtud teológica de la Fe: él responde con precisión católica, y merece la aprobación del grande Apóstol.

—¡Oh concurso escogido á la gran cena
del Cordero que os nutre de tal suerte,
que eternamente el apetito os llena!

Si por gracia de Dios, de lo que vierte
vuestra mesa éste alcanza un alimento,
antes que su vivir mida la muerte,

considerad su vivo encendimiento,
y rociadle: vosotros la bebida
bebéis siempre en que él tiene el pensamiento.—

Beatriz dijo; y la tropa esclarecida
globos de fijos polos va formando,
que brillan cual cometa en luz subida.

Y cual resortes de reló girando
de modo van, que á quien lo ve, el primero
quieto aparece: el último escapando;

así cada volante, en lo ligero
ó lento de su danza, la grandeza
de su triunfo juzgar me hacía entero.

De aquel en quien noté mayor belleza
salir un fuego vide tan felice,
que ninguno quedó de más viveza;

y tres veces en torno de Beatrice
volvióse, con un cántico tan divo,
que no mi fantasear me lo redice.

Con que la pluma salta y no lo escribo,
que no nuestro idear á esas honduras,
cuanto más el decir, bastante es vivo.

—¡Oh santa hermana mía, que me apuras
tal con las preces de tu amor ardiente,
que dejó de mi esfera las dulzuras...!—

Y aquí calló aquel fuego bendiciente,
y envió á mi dueño el hálito precioso,
que aun de hablar como he dicho era caliente.

Y ella:—¡Oh luz santa del Varón glorioso
á quien nuestro Señor dejó las llaves
que Él llevó de este gaudío milagroso,

á éste en puntos probar leves ó graves
puedes, á tu querer, de la fe entera
por quien ir sobre el mar enjuto sabes!¹

Si él cree: si bien ama y bien espera
no se te oculta, porque está á tu vista
el espejo en que todo reverbera.

Mas pues de sus poblantes la conquista
hizo este reino por la fe, á gloriarla
de éste la devoción bien es que asista.—

Cual bachiller* prepárase y no parla
hasta que ya el maestro pone el punto
para abrir discusión, que no á acabarla;

así yo callo y argumentos junto,
mientras habla Beatriz, para estar presto
á tal preguntador, á tanto asunto.

—Dí, buen cristiano; pon bien manifiesto:
¿*Qué cosa es Fe?*—Y aquí yo alcé la frente
á aquella luz que preguntábame esto.

Luego á Beatriz volvíme, y prontamente
ella me hizo señal de que vertiese
afuera el agua de mi interna fuente.

—La gracia, que me da que me confiese
(yo empecé) con el alto Primipilo²,
haga que en clara precisión me exprese.—

Y proseguí:—Como el verace estilo
nos dice ¡oh padre! del tu hermano amado³
que cual tú puso á Roma en el buen hilo,

es substancia la fe de lo esperado,
y argumento de cosa no patente,
y su *quid est* así juzgo explicado.—

—Juzgas (me dijo) bien, si ves fielmente
por qué con las substancias él la puso,
y entre los argumentos finalmente⁴,—

Y yo luego:—El misterio más difuso
de que aquí se me muestra la evidencia,
á los ojos de abajo es tan confuso,

que sólo tiene sér por la creencia:
sobre ésta la esperanza se sostiene,
y de Substancia así toma existencia.

Y desde esa creencia nos conviene
silogismar sin más regla á la vista,
puesto que fuerza de argumento tiene.—

Entonce oí:—Si cuanto se conquista
abajo de saber, fuera así expreso,
nunca ingenio se alzara de sofista.—

Tal dijo el soplo de ese amor inceso,
y prosiguió:—Probado asaz resulta
de esta moneda ya la ley y el peso.

Mas dime si tu bolsa de ella abulta.—
Y yo:—La tengo tan lucida y tonda,
que nada de su cuño se me oculta.—

Luego esta voz salió de la luz honda
que allí lucía:—Y di, la margarita
á que no hallo virtud que no responda,

¿de dó te viene?—Y yo:—Lluvia infinita
del Espíritu Santo que profusa
está en la antigua piel y nueva escrita,

silogismo es que en mí la deja infusa
con evidencia tal, que ya imagino
toda razón respecto de ella obtusa.—

Luego escuché:—El antiguo y nuevo sino
que tu juicio en tan firme nudo agarra,
¿por qué los tienes por hablar divino?—

Y yo:—Lo que la niebla me desgarrar,
son sus milagros, en que no natura
yunque suyo batió, ni encendió barra.—

Y entonces respondió:—¿Quién te asegura
de esos milagros, dí? ¡Bravo aforismo:
el que ha de dar la prueba es quien lo jura!—

Y yo:—Si vino al mundo el Cristianismo
sin operar milagros, ese es uno;
y tal, que por millares vale el mismo.

De esos fué el entrar tú pobre y ayuno
en el campo á sembrar la buena planta
que viña llegó á ser, y que hoy es pruno.—

Esto acabado, la alta Corte Santa
cantó *Alabemos* de una en otra esfera,
con la armonía con que allí se canta.

Y el Varón que de ramo en ramo fuera
mi examen así haciendo, y ya me había
llevado hasta tocar la hoja postrera,

recomenzó:—La gracia que extasia
y enamora tu mente, abrió tu boca
hasta aquí, como abrirse ella debía.

Apruebo, pues, lo que tan claro toca:
mas ora has de expresar lo que creíste,
y cuál motivo tu creer provoca.—

—¡Oh beato padre, espíritu que supiste
creer tan bien, que á joven pie ganando,
primero ante el sepulcro santo fuíste!⁹

(empecé yo): tú quieres que explicando
vaya aquí mi creencia, y hasta veo
que estás el por qué de ella preguntando.

Y ve aquí mi respuesta: en un Dios creo
solo eterno, que al orbe entero mueve,
Él quieto, con amor y con deseo;

sin que otra prueba mi creencia lleve
física ó metafísica, que tantos
signos que desde aquí la gracia llueve,

por Moisés, los Profetas y sus cantos,
y por vuestros escritos divinales,
después que el ígneo Espíritu os volvió Santos.

Y creo en tres Personas eternas;
y que una esencia son tan una y trina,
que admite *Sunt et est* en todo iguales.

Y esa profunda trinidad divina
que voy diciendo, en mi ánimo se sella
por diversa evangélica doctrina.

Y ese el principio, y esa es la centella
que luego en vivo fuego dilatada,
relumbra en mí como en el cielo estrella.—

Como escucha el señor cosa que agrada,
y al siervo da las gracias, le abrazando,
así que acaba, por la nueva amada;

así, pues, bendiciéndome y cantando,
por veces tres cuando callé, con yugo
dulce me ató el Apóstol cuyo mando
hízome hablar: ¡mi hablar tanto le plugo!

CANTO XXV

Santiago examina al Poeta sobre la Esperanza, y propone tres dudas. Beatriz responde á la segunda: DANTE á la primera y la tercera. Luego san Juan Evangelista discurre con el Poeta.

Si el sagrado poema que á luz saco,
en que parte han tenido cielo y tierra,
y que me há tantos años puesto flaco,

vence al fin la crueldad que me destierra
del dulce aprisco en que dormí cordero
entre los lobos que le ponen guerra;

con otra lana y canto más entero
volveré yo Poeta, y en la fuente
tendré el laurel do me bañé primero¹;

pues que en la fe que eleva santamente
á Dios las almas penetré, y por ella
Pedro también acarició mi frente.

Á nosotros después vino una estrella
de la escuadra que enviónos la primicia
de Vicarios de Cristo en luz tan bella².

Y mi dueño, brillando de leticia:
—Mira (me dijo) al gran Varón que asoma,
por quien tantos visitan la Galicia.—

Como cuando se pone la paloma
cabe su par, y amor le manifiesta,
con las vueltas y el són que su voz toma,

así vi yo acoger con dulce fiesta
el uno al otro príncipe glorioso,
celebrando el manjar que el cielo apresta.

Y acabado el saludo así afectuoso,
cada cual *coram me* mudo paróse,
con ver que me deslumbra luminoso.

Luego Beatriz riendo así expresóse:
—Íclita luz por quien la gran largueza
de nuestra alta basílica escribióse³,

haz sonar la esperanza en esta alteza:
tú hiciste que tres veces se figure,
cual Jesús en los tres con más fijeza⁴.—

—Alza la faz: tu vista se asegure;
que lo que viene acá del mortal mundo,
bien es que á nuestros rayos se madure.—

Conforto tal del esplendor segundo
me vino; y yo la vista alcé á los montes⁵
que antes con peso hundiéronla profundo.

—Pues quiere que por gracia tú te afrontes
el nuestro Emperador, antes de muerto,
en el áula suprema con sus Contes,

para que, de esta Corte ya bien cierto,
la Esperanza que abajo amor fecunda,
en ti y otros afirme el brío incierto;

quién es, dime; y por qué de ella se inunda
tu mente, y de dó á ti se manifiesta;—
así hablando siguió la luz segunda.

Y aquella pía que á mis alas presta
guía y sostén en vuelo tan pujante,
de este modo previno mi respuesta:

—No tiene hijo la Iglesia militante
más de esperanza lleno, como escrito
está en el sol que en nos luce radiante.

Y por eso le es dado que de Egipto
venga á Jerusalén⁶, antes del plazo
que á servicio marcial le está prescrito.

Los otros dos asuntos, cuyo trazo
no pides por saber, mas porque cuente
lo que de esta virtud te es dulce el lazo,

él los trace, que él puede fácilmente
y sin jactancia hacerlo: él, pues, responde,
y ayúdele de Dios la gracia ardiente.—

Como al Doctor alumno corresponde
libente en lo que es diestro, y se apresura
porque allí su destreza bien se oronde,

dije:—Esperanza expectación segura
es de la gloria eterna, que produce
mérito precedente, gracia pura.

Esta mi luz de estrellas mil se aduce⁷:
mas quien primero á el alma me la envía,
es el sumo cantor del Sumo Duce.

*En ti esperen, en la alta Teodía,
los que bien saben (dice) el nombre tuyo:
¿y quién no lo sabrá con la fe mía?*

Con tu epístola luego⁸ el fluir suyo
tú me fluíste; así que estoy tan lleno,
que en otros con la lluvia vuestra afluyo.—

Mientras yo hablaba, en el viviente seno
de aquel incendio tremolaba un lampo,
de relámpago á modo, raudo y pleno.

Luego dijo:—El amor porque aun alampo,
de la virtud de que seguí la huella
hasta el martirio y mi dejar el campo⁹,

quiere te anime á ti que ves en ella
tu deleite, y que digas las venturas
que te promete la Esperanza bella.—

Y yo:—Nuevas y antiguas escrituras
lo enseñan.—Y él:—Pues prueba.—Y yo en seguida:
—De las almas que Dios ha vuelto puras,

dice Isaías, *cada cual vestida
en su tierra será de doble traje;*
y su tierra es aquesta dulce vida.

Y tu hermano, en sus letras sin ambaje
que de las blancas ropas nos dijeron¹⁰,
á esa revelación rinde homenaje.

Y antes que estas palabras concluyeron,
un *Sperent in te super* se oía,
al que todos los giros respondieron;

y luego luz tan fúlgida lucía,
que si un cristal así Cáncer tuviera,
fuera el invierno un mes de un solo día¹¹.

Y como virgen se alza y va ligera,
y en honra sólo de la nueva esposa
entra en danza, que no por lo que espera¹²;

así vide venir la luz hermosa
hacia ese par que en círculo giraba,
como su sed pedíale amorosa.

Y unióse al canto y letra que sonaba,
y mi dueña el mirar clavó en su aspecto,
é inmóvil, muda, como novia estaba.

—Éste es el que á su pecho unió dilecto
el Pelicano nuestro: éste¹³ el que ha sido
bajo la cruz al grande Oficio electo.—

Estas palabras, sin haber movido
mucho ni poco de do están mirando
sus ojos, mi señora ha proferido.

Cual quien fija los suyos, aguardando
que eclipse un tanto el sol su ardiente brasa,
que á fuerza de mirarle va cegando,

así el ver la postrera luz me abrasa,
y oigo en tanto decir:—¿Por qué te ciega
ansia de ver aquí lo que no pasa?¹⁴

Tierra es mi cuerpo en tierra, y mientras llega
nuestro número á aquel por Dios fijado,
con los demás al suelo allí se apegá.

En el bendito claustro sólo ha entrado
con doble traje el par que en alto miro¹⁵:
puedes de esto á tu mundo dar traslado.—

Esto diciendo, el encendido giro
para, y la voz y el cántico se posan
y el mezclado con él triple respiro,

cual los remos que el agua antes acosan,
por evitar fatiga, riesgo ó traba,
todos, de un pito al sibilar, reposan.

¡Ah! ¡Cuál turbó mi mente pena brava
cuando al volverme á ver á Beatriz bella,
no la pude ya ver, aunque me hallaba
en el mundo feliz y junto de ella!¹⁶

CANTO XXVI

San Juan Evangelista examina á DANTE sobre la Caridad: éste la explica, y toda la Corte celestial aplaude su discreto razonamiento. Recobra el Poeta la vista, y se le presenta un cuarto resplandor, dentro del cual se halla el alma de Adán, que le habla y satisface sus internos deseos.

Mientras en dudas me tiene el cegamiento
por la luz viva que lo está causando¹,
sale un respiro que me pone atento,

diciendo:— En tanto que te va tornando
la vista que por mí tienes consunta,
bien es que la compenses razonando.

Comienza, pues, y dinos dónde apunta
ora el ánima tuya; y ten por llano,
que extraviada es tu vista, y no difunta;

pues la dueña, que al reino soberano
te guía, tiene en su mirar celeste
la virtud que Ananías en su mano².—

Y yo:—Retarde á su placer ó apreste
el remedio á los ojos de antes puertas
por donde entró con ella el ardor éste.

El bien que aquí nos labra dichas ciertas
Alfa y Omega³ es de las que ha escrito
letras en mí el amor, vivas ó yertas.

Y aquella voz, que el súbito confito
de mi ceguera con su hablar desecha,
me abrió de aun razonar el apetito;

y me dijo:—Por criba más estrecha
te conviene cerner, y que inspecciones
qué es lo que á blanco tal puntó tu flecha.—

Y yo:—Por filosóficas razones,
y autoridad que desde aquí descende,
graba ese amor en mí sus impresiones.

Que el bien, en cuanto es bien y tal se entiende,
así inflama el amor; y más lo exalta,
cuanto mayor bondad en sí comprende.

Y por eso en la esencia (que es tan alta
que todo bien que otro camino lleva,
rayo es no más que de su lumbre salta)

allí, no en otra parte, es bien se mueva
el intelecto, amando, del que siente
la verdad en que fúndase esta prueba.

Esa verdad extérnala á mi mente
aquel⁴ que me demuestra que amor forma
entre eternas substancias la eminente.

del infalible autor la voz lo informa
que á Moisés respondió, de sí diciendo:
Yo te haré ver de todo bien la norma.

Tú también me lo pruebas⁵, precediendo al gran pregón que desde aquí el arcano va al mundo en són más alto refiriendo.—

Y replicó:—Por intelecto humano y autoridad que bien con él concuerda, tu amor á Dios ser debe el soberano.

Pero dime si sientes que otra cuerda te arrastre á él, y explica todavía con cuántos dientes ese amor te muerda.—

Oculto no me fué la intención pía del Águila de Cristo, y vi el sentido en que llevar mi profesión quería.

Por tanto, proseguí:—Cuanto mordido convertir puede á Dios el alma entera, todo á mi caridad ha concurrido;

que el sér del mundo, el mío, y el que muera él en infame cruz porque yo viva, y lo que todo fiel como yo espera,

con la predicha conoscencia activa, me han sacado del mar del amor muerto, y del vivo llevándome á la riba.

Las frondas que enfrondecen todo el huerto del hortelano Eterno yo amo tanto, cuanto él de riego y flor las ha cubierto.—

Quando acabé de hablar, un dulce canto sonó en el cielo, y con la santa escuela Beatriz decía: *Santo, Santo, Santo.*

Como aquel á quien fuerte luz desvela por la virtud visiva que recorre la fulgidez que va de tela en tela⁶;

y, ya despierto, lo que ve aborrece (tal la vigilia súbita le traba) hasta que viene el juicio y le esclarece;

así Beatriz los grumos todos lava de mis ojos, al rayo que despide su vista que mil millas alumbraba;

con que la mía, más que de antes mide; y cuasi absorto demandé quién era un cuarto resplandor que con nos vide.

Y mi dueño:—En la luz de esa lumbrera con su autor se embelesa el alma prima⁷ que crear quiso la Virtud primera.—

Como rama que dobla la alta cima del viento al paso, y por alzarse acaba por el impulso mismo que aun la anima;

así hice yo, quedando, al par que hablaba, atónito; y después ansia fogosa de explicarme mis bríos reanimaba.

Y empecé:—¡Oh fruto, que en floresta hermosa naciste ya maduro! ¡oh padre antiguo, de quien es hija y nuera toda esposa!

Con mi humildad mayor, que hables conmigo te suplico: el deseo ves que entraño; y por pronto escucharte, no le digo.—

Suele animal que enrolla cuerpo extraño
tal moverse, que muestra lo que ansía
por el vago ondular que imprime al paño;

y de esa suerte traslucir me hacía
el alma primordial, por la cubierta,
lo alegre que el placerme la ponía.

Y respiró:—Sin serme descubierta
tu voluntad, mejor que tú no dejo
de conocer la cosa á ti más cierta;

pues yo la miro en el veraz espejo⁸
que cual es toda cosa siempre expuso,
y nada reflejó con él parejo.

Saber quieres cuánto há que Dios me puso
en el alto jardín en que Beatrice
para tan larga escala te dispuso;

y cuánto tiempo en él gocé felice,
y del divino enojo el fiel relato,
y el habla que yo usaba, y qué yo hice⁹.

No el probar, hijo mío, el fruto ingrato,
del exilio ocasión sólo se crea,
sino el violar el celestial mandato.

Allí donde á Virgilio halló tu dea
cuatro mil y trescientos y dos giros
de sol estuve ansiando esta asamblea;

y pasar por sus casas de zafiros
veces le vide novecientas treinta,
mientras lancé en la tierra mis suspiros.

Del idioma que hablé ya no hubo cuenta
ni aun antes que al trabajo inacabable
la gente de Nembrod¹⁰ se diera atenta;

que ningún acto racional fué estable,
y el humano placer bien poco dura,
pues del cielo al girar sigue mudable.

Que el mortal hable, es natural figura:
mas que de este ó del otro modo sea,
deja al arbitrio vuestro la natura.

Antes que á la mansión bajase rea¹¹,
Él llamaba mi raza al que mantiene
Sumo Bien esta luz que me rodea.

Luego llamóse *Elí*, y así conviene;
que el uso es en los hombres, cual fecunda
rama en que se va fronda, y fronda viene.

El monte que la mar ve más profunda¹²
me tuvo en vida, ó pura ó deshonesta,
desde la hora primera á la segunda
del cuadrante que sigue á la hora sesta¹³.

CANTO XXVII

San Pedro, lleno de indignación, habla contra los Pastores de la Iglesia, y á sus palabras mudan de aspecto los bienaventurados. Desde Géminis se vuelve el Poeta á ver nuevamente la tierra. Después se levanta al primer Móvil, donde no hay humana distinción ni de lugar ni de tiempo; y á la vista de las bellezas eternas, lamenta la codicia de los hombres, de la cual echa la culpa á los malos gobiernos.

Al Padre, al Hijo y al Espirtu Santo
el Paraíso todo gloria alzaba,
embriagándome el alma el dulce canto.

Lo que vía, el reir me semejava
del universo; así que la embriagueza,
por la vista y oído se me entraba.

¡Oh contento, oh placer de suma alteza!
¡oh de amor y de paz eterna vida!
¡oh sin pena ni afán veraz riqueza!

La cuaterna de estrellas¹ encendida
ante mí estaba, y la que más me abrumba
de luz es la primera aparecida;

y el aspecto tomó de beldad suma
que Jove tomaría si él y Marte
pájaros fueran y cambiaran pluma².

La eterna Providencia, que reparte
cargos y vez á las lumbreras de oro,
puesto había silencio en toda parte;

cuando escuché: —Si yo me trascoloro,
asombro no te cause, que á mi acento
trascolorir verás á todo el coro;

el que abajo usurpando está mi asiento³,
el lugar mío, mi lugar que vaca
ante el Hijo de Dios que lo ve atento,

del lugar de mi tumba hace cloaca
de sangre y pudrición, con que el malvado
de aquí caído⁴ en su mansión se aplaca.—

De aquel color que en nube ves pintado,
opuesta al sol por tarde ó por mañana,
en esto todo el cielo vi inundado:

y cual dueña que está de su honra ufana
y de sí bien segura, oye tremante
ajena falta y túrbase y afana;

así Beatrice trasmuto semblante:
y tal, creo, eclipsóse el firmamento
cuando al Sumo Poder vió agonizante.

Del que hablaba, después siguió el acento,
así en voz exclamando tan cambiada,
que igualó de su aspecto al mudamiento:

—No la esposa de Cristo amamantada
fué con mi sangre y la de Cleto y Lino⁵,
para ser en ganancias de oro usada;